

“En el lugar de las tunas empedernidas”: Tenochtitlan en las crónicas mestizas¹

Valeria AÑÓN

Universidad de Buenos Aires–Conicet/Idihs (UNLP)

RESUMEN

Espacio, ciudad, desplazamiento, viaje han sido ejes fundamentales en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos en las últimas décadas. En ese marco, la atención hacia las tradiciones discursivas occidentales, el peso de la retórica, las inflexiones humanistas en la historia y la filología han aportado nuevas miradas a un corpus que, por otra parte, se encuentra en constante expansión. Este trabajo se inscribe en dicha línea, pero propone leer las convergencias y las divergencias que dos crónicas mestizas novohispanas ponen en escena a la hora de narrar una ciudad antagonista: Tenochtitlan. Las obras históricas de Diego Muñoz Camargo y Fernando de Alva Ixtlilxóchitl nos permitirán mostrar los cruces entre tradiciones discursivas occidentales e indígenas, las tensiones, los usos del pasado y la representación de una ciudad emblemática como espacio narrativo en el que se inscribe la polémica.

Palabras clave: ciudad, crónicas mestizas, representación, polémica.

“In the place of the hardened tunas”: Tenochtitlan in the half-caste chronicles

ABSTRACT

Space, city, displacement, trip have been fundamental axes in the literary colonial Spanish–American studies in the last decades. In this frame, the attention towards the discursive western traditions, the weight of the rhetoric, the humanist inflexions in the history and the philology have contributed new looks to a corpus that, on the other hand, one finds in constant expansion. This work registers in the above mentioned line, but it proposes to read the convergences and the differences that two half–caste chronicles novohispanas put in scene at the moment of antagonist narrates a city: Tenochtitlan. The historical works of Diego Muñoz Camargo and Fernando de Alva Ixtlilxóchitl will allow us to show the crossings between discursive western and indigenous traditions, the tensions, the uses of the past and the representation of an emblematic city as narrative space in the one that registers the polemic.

Key words: City, Half-caste chronicles, Representation, Polemic.

¹ La investigación que sustenta esta ponencia se enmarca en mi trabajo como investigador en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas, con sede en el Idihs (UNLP–Conicet).

SUMARIO: 1. Introducción. 2. Tenochtitlan a través del prisma tlaxcalteca. 3. Tenochtitlan en la perspectiva texcocana.

Introducción

En las últimas décadas, en el campo de los estudios literarios y coloniales latinoamericanos el vínculo entre historia, literatura y ciudad ha sido transitado con enorme provecho. Espacialidad, desplazamiento, representación (viaje incluso) han sido ejes de nuevos abordajes, que exceden los estudios acerca de lo urbano para ampliar el uso metafórico del concepto de "espacio", entendido como centro en el cual se inscriben representaciones sociales diversas.²

Estas productivas coincidencias críticas tienen aún mayor impacto en el campo de los estudios literarios coloniales, en la medida en que toda crónica de tradición occidental vinculada, de manera más o menos directa, con el relato de conquista, hace foco en la descripción y fundación de ciudades, en el cruce entre discurso legal, relato de viaje, *descriptio civitatis* y discurso bélico.³ Estas modulaciones de la representación tienen un correlato factual específico en la medida en que, en el continente, la ciudad ha sido referente y objeto de constitución de una idea de territorio, alteridad, contacto y conquista ya desde la llegada de Colón a la isla de Guanahini.⁴ Ha sido también lugar de inscripción de un orden extraño (la cosmovisión cristiana occidental en la de los pueblos originarios) tanto como de la palabra, la escritura y la violencia (real y simbólica) sobre el otro; zona de disputa de poder y autoridad entre españoles y naturales, y entre los españoles mismos.

Así, en el plano de las representaciones de tradición occidental, el Nuevo Mundo revitalizó preocupaciones, leyendas, ideales y utopías. Sobre este territorio se proyectaron comunidades ideales vinculadas al humanismo; ciudades edénicas o inspiradas por el espíritu milenarista vigente en la época.⁵ En su vasto y heterogéneo

² Al respecto véanse, entre otros, los trabajos de Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano* ([1982] 2000) y de Edward Soja, *Posmodern Geographies* (1989).

³ Tomo la noción de "tradición discursiva" de los estudios de Johannes Kabatek (2001).

⁴ Las primeras fundaciones corresponden al fuerte Navidad y a la Isabela, nombrada en honor a la reina Isabel la Católica. He ampliado el análisis de estas dos fundaciones en el prólogo y las notas de la edición de *Diarios, cartas y otros textos* de Cristóbal Colón, en colaboración con Vanina Ma. Teglia (2012).

⁵ Estas imágenes son explicadas y sintetizadas por Richard Morse en *Las ciudades latinoamericanas* (1976). Beatriz Pastor analiza el *locus utópico* en América en *El jardín y el peregrino* (1999). Los distintos tipos de ciudades y sus vínculos con el universo medieval y el renacentista con desplegados en los ya clásicos trabajos de José Luis Romero (2001 y 2009).

territorio, varios modelos de ciudad parecen ponerse en conflictivo contacto: la ciudad medieval, la urbe romana, las concepciones renacentistas del espacio urbano, las ciudades originarias.

Ciudades-fuerte y ciudades-puerto fundadas (e incluso trasladadas numerosas veces) por el conquistador, el requerimiento y el acta de fundación sellaban la legalidad de una conquista que debía tener asiento válido en un espacio ligado al poder real y en un cabildo que así lo refrendara –como queda tan bien expuesto en la *Carta de Veracruz*, por ejemplo–.⁶ A esto se sumaba el *uso* (luego de batallas y alianzas, como ocurre con Tlaxcala en la conquista de México) o la *apropiación* y destrucción (como ocurre con Tenochtitlan en 1521) de ciudades indígenas fundamentales, estrategia de conquista que tiene un despliegue extremado (y ejemplar) en la conquista de México.

Modélica en muchos sentidos, tanto esta conquista como las cartas de relación de Hernán Cortés que dieron cuenta de ella (en movimiento representacional fundamental en la medida en que todo el éxito militar dependía, en última instancia, del favor real que el capitán pudiera ganarse por medio de su pluma) organizaron un modo de concebir el espacio *otro* que tuvo numerosas ramificaciones en textos y siglos venideros.⁷ Esta configuración modélica –y utilizo este término con sus connotaciones negativas también– me permitió plantear, en otros trabajos (Añón, 2008), la representación del espacio urbano mexicano (Veracruz, Cempoala, Cholula, Tlaxcala, Tenochtitlan) como caso testigo a partir del cual analizar la compleja y conflictiva convivencia textual de tradiciones discursivas occidentales e indígenas.

En torno a la conquista de México, entonces, y en las crónicas tempranas de tradición occidental, las ciudades mesoamericanas y las nuevas villas fundadas por los españoles son presentadas como núcleos y ejes organizadores de la expedición de conquista. Esto es especialmente evidente en las *Cartas de relación* de Hernán Cortés y en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, donde el relato suele regirse por un derrotero concebido a partir de la noción de experiencia, cuyo ambicioso afán de apropiación identificaba las ciudades como objetivos principales y ejes de los desplazamientos.⁸

⁶ Victor Frankl (1962) trabaja puntualmente la *Carta de Veracruz* y su estructuración en relación con la tradición de las Siete Partidas; Ángel Delgado Gómez lo retoma y amplía en su prólogo a la edición de las cinco cartas de relación de Cortés (1993):

⁷ Más allá de la representación textual, es esto lo que ocurre con la primera representación occidental conocida, el Mapa de Nuremberg (que acompaña la edición latina de las cartas cortesianas segunda y tercera, de 1542), cuyos vínculos con las tradiciones occidental e indígena han sido exhaustivamente estudiados, entre otros, por José Rabasa (1993) y Barbara Mundy (1998).

⁸ He analizado de manera pormenorizada estas representaciones en mi reciente libro *La palabra despierta. Tramas de la identidad y usos del pasado en crónicas de la conquista de*

Esta perspectiva confluye con la evidencia fáctica acerca del funcionamiento específico de lo urbano en Mesoamérica, vasto territorio articulado a partir de ciudades centrales. Con numerosas poblaciones, desplegadas por todo el territorio y sometidas al poder de la Triple Alianza, el espacio al que llegan los conquistadores presentaba asimismo un tejido urbano donde la organización del poder estaba basada en someter (por medio de la guerra y el tributo) poblados enemigos.⁹

Con mirada retrospectiva, las crónicas de tradición occidental construyen, recuerdan, evocan ciudades mesoamericanas o españolas, las comparan con la ciudad natal (Medina del Campo) o con ciudades famosas, admiradas, extrañas, modélicas (Venecia, Sevilla, Salamanca, Roma, Jerusalén). Entre la retórica descriptiva y la experiencia, entre las ciudades míticas y la majestuosidad de los espacios mesoamericanos, estas crónicas erigen distintos tipos de urbes con funciones textuales diversas. Encontramos así ciudades que afirman la presencia española en tierras mexicanas (Villa Rica), ciudades aliadas (Cempoala, Tlaxcala), ciudades del castigo y la matanza (Cholula), ciudades ambicionadas y destruidas (Tenochtitlan). En este marco, la representación de Tenochtitlan se erige como centro, clímax, eje organizador de la diégesis de cada crónica (ya sea que se trate de cartas, historias, relaciones e incluso probanzas), respondiendo a una retórica descriptiva que articula el universo topológico de la *descriptio civitatis*, la forma narrativa del relato de viaje y las modulaciones de la mirada imperial.¹⁰

Ahora bien, distinto es el caso cuando se trata de analizar estas representaciones en crónicas mestizas novohispanas.¹¹ En particular, en aquellas que sostienen un complejo —e incluso contradictorio— vínculo con diversas tradiciones discursivas, y

México (2012), al que remito para una aproximación a la representación de ciudades en crónicas de tradición occidental.

⁹ Para estas consideraciones generales, me baso en los trabajos de Alfredo López Austin y Leonardo López Luján (1996) y de Inga Clendinnen (2000).

¹⁰ Acerca de estas tradiciones discursivas, remito a los libros *La medida del mundo* de Paul Zumthor (1994) y *Conexiones transatlánticas* de Jimena Rodríguez (2010).

¹¹ Martin Lienhard (1982) desarrolla el concepto de "crónicas mestizas", crucial en mi aproximación porque no alude a la etnicidad de los autores, sino al cruce de tradiciones discursivas y a los desplazamientos en la focalización del narrador. Para una discusión (y reafirmación) de este concepto, véase Poupene Hart, cuya perspectiva adopto aquí: "...me parece el término 'mestizo' el más susceptible de dar cuenta de la dimensión 'sintáctica' muy particular de unos textos que recurren a códigos lingüísticos, picturales, más generalmente simbólicos, no europeos, en concomitancia con códigos europeos; de su dimensión 'semántica' también, con la contrapropuesta de un orden distinto del orden colonial; de su dimensión 'pragmática', por fin, tan dependiente del origen étnico del locutor, origen que sirvió de línea de partición política, cultural, social, fiscal, etcétera, en la época colonial" (1995: 281).

que van ajustando versiones, referencias autóctonas y voluntad historiográfica a medida que las obras se desarrollan.

Para analizar la representación de Tenochtitlan –y sus implicancias–, en este trabajo selecciono dos crónicas mestizas fundamentales y diversas: la *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala* (y su versión posterior, conocida como la *Historia de Tlaxcala*) de Diego Muñoz Camargo,¹² y la *Historia de la nación chichimeca* de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl,¹³ que plantean un interesante contrapunto con las crónicas de tradición occidental ya citadas y también con las versiones tlaxcaltecas o tenochcas (cfr. *Libro XII* de Sahagún o la *Crónica mexicáyotl* de Fernando Alvarado Tezozómoc, por ejemplo). Se trata de dos de las principales crónicas mestizas novohispanas, que además han sido objeto de nuevos abordajes y cuidadosas ediciones desde los años ochenta del siglo pasado.

En dichas crónicas, la representación de Tenochtitlan es compleja y multiforme, ya desde su colocación en ambas tramas. Esta modulación de la representación de la ciudad coincide con un específico y significativo *locus* de enunciación: tlaxcalteca o texco-

¹² Diego Muñoz Camargo (1529?–1599?), hijo de español y de india tlaxcalteca principal, aunque recibió una educación española, a lo largo de los años fue fortaleciendo sus lazos con los principales tlaxcaltecas (tal es así que se casó con una india principal de la cabecera de Ocotelulco, Leonor Vázquez). Estos vínculos de parentesco y su desempeño en cargos públicos le valieron el acceso a pinturas, códices, relatos y tradiciones orales tlaxcaltecas. El primer resultado de sus vínculos con la comunidad tlaxcalteca fue la *Descripción de la cibdad y provincia de Tlaxcala*, encargada por un grupo de principales tlaxcaltecas, y que responde a la Instrucción y Memoria distribuida por el Consejo de Indias en 1577. De acuerdo con su principal editor, René Acuña, Muñoz Camargo comenzó su redacción alrededor de 1580 y la concluyó, ya en España, entre 1584 y 1585, donde fue obsequiada al rey. A su regreso a la Nueva España, Muñoz Camargo continuó la redacción a partir de la cual configura su *Historia de Tlaxcala*, manuscrito que permaneció inédito hasta 1891, cuando se lo identificó en la Biblioteca Nacional de París, clasificado como msn. 210. En la actualidad, se cuenta con una dedicada paleografía y estudio preliminar del texto, realizada por Luis Reyes García (1998).

¹³ Fernando de Alva Ixtlilxóchitl (1578–1650) fue descendiente, por linaje materno, de los reyes Nezahualcōyotl y Nezahualpilli. El principal patrimonio de su familia materna fue el cacicazgo de San Juan Teotihuacán, del cual su abuela, Francisca Verdugo Ixtlilxóchitl, fue principal. Alva Ixtlilxóchitl fue gobernador de la ciudad de Texcoco (1612–13), juez gobernador de la provincia de Chalco (1619–1622) e intérprete del Juzgado de Indios en 1640. Paralelamente, compuso sus obras históricas. A su muerte, su hijo heredó sus *papeles*, los cuales donó años después a su amigo, don Carlos de Sigüenza y Góngora. Su extensa obra historiográfica –editada y fijada por Edmundo O’Gorman y su equipo para el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM– ha sido organizada en cuatro relaciones históricas y la *Historia de la nación chichimeca*, la más conocida de este autor, con la cual trabajo aquí. No se han encontrado manuscritos originales, por lo que se desconoce la datación exacta de cada uno de estos trabajos. (Para algunas hipótesis al respecto, véase O’Gorman, 1997.)

cano.¹⁴ Centrarme en estas crónicas me permite alejarme de la mirada nostálgica y cruel (Cortés, Bernal Díaz) o elegíaca y melancólica (los informantes de Sahagún, por ejemplo), para volver sobre otros modos de la representación del espacio urbano en la tradición discursiva indígena, en especial aquellas que reúnen lo mítico-histórico, la referencia al nombre y al origen, la articulación entre linaje noble y ciudad.

Si las crónicas de tradición occidental presentan a Tenochtitlan como objetivo y centro, en la construcción de un desafiante derrotero rectilíneo por el territorio mexicano, estas crónicas mestizas, en cambio, acorde con su objeto (la historia de cada comunidad) relegan la ciudad a un lugar más periférico, tanto en la reconstrucción del pasado autóctono como en los relatos de la conquista. Frente a México, las ciudades de Tlaxcala o Texcoco (respectivamente) cobran dimensión, importancia política e histórica, funcionalidad profética o providencialista en función de la *praeparatio evangélica* que ambos textos inscriben. Además (y en relación con los modos autóctonos de representación de la especialidad) no priman en estas alusiones las descripciones minuciosas de las urbes sino, antes bien, su colocación en un territorio, su vínculo con los pueblos comarcanos, su posición en la constitución de un espacio social complejo, de fuertes tensiones, evidenciadas a partir de las múltiples referencias a las guerras entre mexicas, texcocanos, tlaxcaltecas y tlatelolcas.

En este marco, ya no resulta pertinente hablar de una antítesis o de una contraposición manifiesta en la representación de la ciudad enemiga, tal como se presenta, por ejemplo, en las cartas de Cortés o la historia de Bernal Díaz. Antes bien, en estas crónicas mestizas se trata de narrar a Tenochtitlan como una más, en reunión y concatenación con otras urbes del centro de México, e incluso en situación de rebajamiento o menosprecio de la historia mexicana frente a la prestigiosa historia texcocana y el brillo de su rey poeta, Nezahualcóyotl, tal como los configura la *Historia de la nación chichimeca*, por ejemplo. Más allá de estos puntos en común, estas dos crónicas presentan importantes distancias en el relato de Tenochtitlan, vinculadas con la pregnancia de las memorias locales y con la parcialidad de los usos del pasado en cada comunidad. Por partes, entonces.

Tenochtitlan a través del prisma tlaxcalteca

“Otros quieren decir que se llamó Tenuchtitlan, porque el tunal que nació en él era de las salvajinas de unas tunas que llaman los naturales tenuchtli, que por

¹⁴ En esta referencia al *locus* no se está realizando aseveración alguna acerca de la etnicidad del autor –también compleja en ambos casos, por cierto–. Antes bien, se trata de hacer referencia tanto al *sujeto de la enunciación* como el contexto en que esta se produce, entendiendo además la enunciación como la articulación compleja entre producción y recepción de un texto.

su dureza las llaman así; que por estas tunas se llamó México Tenochtitlan: que quiere decir en el lugar de las tunas *duras y empedernidas*." Diego Muñoz Camargo

En la *Historia de Tlaxcala*, Tenochtitlan es, con absoluta claridad, la ciudad enemiga. Anatematizada en el texto a partir de la no representación (la ausencia lisa y llana o la alusión indirecta), el cronista vuelve sobre el cuestionario de la *Descripción* para fundamentar su elipsis.¹⁵ Exhibe entonces un hábil uso de los marcos genéricos: mientras que no vacila en organizar una historia proliferante de la *cibdad y provincia de Tlaxcala*, excediendo ampliamente los límites de la Instrucción y Memoria (aunque amparándose, con astucia, en la naturaleza enciclopédica de éste), cuando se trata de narrar Tenochtitlan el cronista tlaxcalteca recorta el hilo del discurso, remitiéndose al referente específico exigido en la *Descripción* y acudiendo a las fuentes autorizadas, en una sutil utilización de la *captatio benevolentia*. Por eso, ni la *Descripción* ni la *Historia de Tlaxcala* narran la entrada de Cortés a Tenochtitlan,¹⁶ ni el sitio y caída de la ciudad, fundamentando en ambos casos la omisión en la cita de autoridad:

...se comenzó a proseguir la guerra, conquistando y sujetando toda la redondez de este reino, especialmente los lugares y provincias más circundantes y vecinas de México, y de donde se presumía que le podía venir socorro, hasta que a honra

¹⁵ René Acuña, principal editor de la *Descripción*, afirma que este texto se trata de relación geográfica aunque "por la pormenorizada extensión con que el relato respondió a ciertos capítulos de la Instrucción y Memoria, su informe adquirió proporciones de verdadera crónica. Conciérne a las cuatro principales cabeceras de Tlaxcala: Ocotelulco, Quiyahuitlán, Tepetícpac y Tizatlán. [...] El autor comienza su relación respondiendo en forma expresa al capítulo 11 de la Memoria, y la prosigue tratando de ajustarse a su orden. Sin embargo, su inexperiencia por una parte y, por otra, el deseo desordenado de transmitir la vasta información que había obtenido, a menudo lo inducen a perderse en digresiones erráticas, que hacen que su relato deje un rastro más bien zigzagueante" (1982: 25). Acerca de las relaciones geográficas, que han recibido un renovado interés por parte de la crítica en las últimas décadas, sigue siendo de utilidad el clásico trabajo de Manuel Carrera Stampa (1968) y, más actual y en relación con la retórica del relato de viaje, Altuna (2009). Con respecto a las modulaciones literario-culturales de esta *Descripción*, véase "El mandato y la ofrenda" de Walter Mignolo (1987).

¹⁶ Leemos en la *Historia de Tlaxcala*: "Como nuestros españoles y los de Tlaxcalla hubieron conseguido tan gran victoria y tomada la ciudad de Cholula y quedando por misericordia, prosiguieron su viaje a la ciudad de México, adonde en breves días llegaron, y el capitán Cortés fue muy bien recibido de paz del gran señor y rey Motecuhzomatzin y de todos los señores mexicanos; y dejando el suceso de esta tan famosa historia a los que de ella escriben y han escrito prosiguiendo lo que vamos tratando" (1998: 213; el subrayado es mío).

y dios nuestro señor, se conquistó y pacificó toda la máquina de este Nuevo Mundo, *como más elegantemente lo tratan los escritores de la conquista a que me refiero*" (Muñoz Camargo, 1998: 233; el subrayado es mío).

Claro que Tenochtitlan no está del todo ausente en esta historia; principal antagonista de Tlaxcala, funciona en el relato como urbe hostil, cuyos desmanes y porfiada resistencia a la entrada de los españoles y a la evangelización permiten encajarse, por contraposición, la aparentemente pacífica conversión tlaxcalteca y su irreductible colaboración con los extranjeros, al menos en las versiones de esta comunidad. Entonces, la ciudad de México es referida a partir de su entramado político y en relación con la historia del valle: sus gobernantes, los enfrentamientos con los tlaxcaltecas, las guerras civiles. Se conforma así la ciudad antagonista y enemiga; la ciudad del sojuzgamiento y el tributo:

[Decidió Motecuhzomatin] destruir a Tlaxcalla y asolarla, porque no convenía que en el gobierno del mundo hubiese más de una voluntad y mando y un querer, y que estando Tlaxcalla por conquistar, que no se tenía por señor universal del nuevo mundo, y que, por tanto, que todos a una y en un día señalado se le entrasen por todas partes, y que fuesen destruidos a fuego y sangre [...] para acabarles y que no hubiera memoria dellos en el mundo. [...] Y habida tan gran victoria [de los tlaxcaltecas] desde allí en adelante vivieron los tlaxcaltecas con más cuidado, pertrechando sus fuertes, fosas y reparos, porque Motecuhzoma no los sujetara (Muñoz Camargo, 1998: 186).

Más allá de este rol, en la *Historia de Tlaxcala* México Tenochtitlan es aludida a partir de cierto grado de abstracción o generalidad: como centro de un extenso imperio en la figura de su *uey tlahtoani* –representante y sinécdoque textual de la expansión y crueldad mexicana–, por un lado; a partir de la inscripción, traducción y explicación del nombre de la ciudad, por otro. En la contraposición entre ambas dimensiones es posible observar el cruce de las cosmovisiones occidental y autóctona acerca del poder y la organización social, y la pregnancia de la memoria local en sus modulaciones alegórica y simbólica. Así, con respecto a la primera dimensión, reseña el cronista:

En este tiempo, estaba tan pujante el imperio de los mexicanos y el señorío de Motecuhzomatzin, que no había otra cosa en este nuevo mundo; ya que su *imperio y monarquía* llegaba más de trescientas leguas delante de Guatemala y de Nicaragua. [...] Por esta orden, maña y astucia, fue Motecuhzomatzin muy *gran señor de la mayor parte deste nuevo mundo*; aunque, en algunas partes, se le rebelaban y alzaban algunas *provincias*, las cuales tornaba a pacificar con sus gentes, castigando a los rebeldes: a unos por amor, y a otros con promesas y dádivas y franquezas según su usanza. Finalmente, aunque *bárbaros*, se conservaban, en su modo, en pujanza y poder con disciplina militar, la cual sustentó y sus-

tenta la *monarquía universal de todo el universo* (Muñoz Camargo, 1998: 187; el subrayado es mío).

En la selección léxica puede apreciarse la trama conceptual vinculada con la organización del poder imperial y, específicamente, de España y sus colonias: la monarquía universal —que remite a la concepción imperial de Carlos V—; la caracterización del espacio autóctono en términos de provincias e imperio; la referencia al Nuevo Mundo; el concepto de “bárbaros” para definir a los mexicas. La focalización parece reducirse aquí a observar el mundo mexica desde la distancia y en términos de alteridad, al tiempo que adscribe a los modos occidentales de organización del poder para explicar el poderío de *Motecuhzomatzin* y los límites de su imperio, definidos en términos territoriales.

Aquí, la espacialidad remite no a una urbe central, sino a una noción territorial del poder, a una concepción política que articula además, las analogías (el poder militar, la figura central del rey o emperador, el universalismo y los distintos centros del imperio), y el vínculo entre metrópolis y colonias. El cronista retoma los debates inscriptos en los textos de la época —recordemos la impronta de la noción imperial persistente en las historias de Francisco López de Gómara, por ejemplo (Roa-de-la-Carrera, 2001)— y los utiliza para construir una imagen estereotipada acerca del mundo mexica.

Se percibe aquí una importante distancia para concebir y narrar aquello de lo autóctono que es percibido como *otro*, de allí que las referencias generales y las construcciones narrativas estereotípicas conformen una zona del texto *plana*, de escasa densidad explicativa; un relato ajeno del cual el narrador parece no poder apropiarse. Esto también puede estar relacionado, infiero, con la fisura que el cuestionario mismo de la descripción produce en la percepción espacial autóctona.¹⁷

Distinto es el relato del nombre de la ciudad, conformado a partir del subtexto de las memorias locales:

¹⁷ Explica Serge Gruzinski que “lejos de surgir en el seno de la comunidad o del linaje, en el marco de una enseñanza, de una festividad, de un litigio de sucesión o incluso de ritos clandestinos, las respuestas indígenas fueron así fruto de una coacción externa, perfectamente ajena al medio y al grupo. Convocados por el alcalde mayor, los gobernadores indígenas de la comarca, los principales y todos los ancianos de los pueblos que dependían de su jurisdicción se hacían explicar el cuestionario antes de informarse sobre todos los puntos requeridos con la misión de ‘confiar a su memoria’ el mayor número de respuestas posible y de presentar una declaración verídica que dijera ‘lo esencial’, es decir, ‘la verdad de lo que todos y cada uno de ellos supiese y alcanzase así por experiencia como por oídas’. La comunicación de la información por consiguiente era objeto de una coacción (a veces brutal), en la medida en que era inseparable de los grupos que implicaba. Sus poseedores y sus portadores, como sus eslabones intermedios, pertenecían a los estratos dominantes de la sociedad indígena o de la sociedad colonial” (1995: 78).

Tenuchtitlan, que quiere decir lugar o barrio de la tuna de piedra, cuya derivación quieren interpretar por muchas maneras y vías [...] // "Otros dicen que encima del cu grande de la dicha ciudad de *Huitzilopuchtli*, que era el templo mayor de los ídolos de aquella ciudad, nació este tunal sobre una gran *peña o peñasco duro* [...] y así por ser caso inaudito nacer una planta sobre un peñasco seco, y sin humedad y sin tierra, los naturales desta tierra lo tuvieron por caso de admiración, y por esta causa desde que sucedió de allí en adelante llamaron a la ciudad de México de este nombre, por más excelencia México Tenuchtitlan; y así tuvieron este caso por pronóstico de que la población de México había de ser eterna y permanente, pues los frutales se *arraigaban en peñascos secos y duros*, que con más razón los hombres habían de arraigarse y permanecer allí para siempre. Otros quieren decir que México se llamaba Quauhnochtitlan, que quiere decir el tunal del águila [...] Que con la gran antigüedad, se había perdido el nombre de Quauhnochtitlan y se llamó Tenuchtitlan, e que *corrompiéndose* el vocablo antiguo se vino a llamar Tenochtitlan (Muñoz Camargo, 1998: 227–228).

En esta extensa explicación se inscribe un ideal de lengua y una idea de corrupción de la lengua acordes con el narrador–traductor que configura la crónica. De allí también que su búsqueda pueda leerse en la tradición filológica que, aunque sin los vuelos retóricos y formales de otra crónica mestiza famosa, los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega, define el trabajo de estos traductores y el saber específico de un locus de enunciación diferencial respecto de las crónicas de tradición occidental.

De aquí también proviene, infiero, la insistencia en referir numerosas versiones, semejantes pero distintivas acerca de la conformación del nombre de la ciudad, cuya explicación aúna lo mítico, lo histórico y lo identitario, en movimiento simbólico habitual en todas las poblaciones americanas. Las distintas versiones también indican las numerosas tradiciones y memorias con que el narrador se ve enfrentado, que conforman su sentido en la convivencia y la multiplicidad antes que en la síntesis. En la *Historia de Tlaxcala*, Tenochtitlan es en especial un nombre y su historia, aunque ambos narrados de modo peculiar. Si bien se subraya el vínculo entre ciudad, lengua y habitantes (que alumbró una idea del territorio y del poder cifrada en el nombre y en su historia mítica), la crónica tlaxcalteca deliberadamente omite todo elemento fastuoso o fabuloso de la ciudad contemporánea; sus referencias lacustres, su modo peculiar de organización y producción.

Tampoco remite a las otras ciudades "hermanas", también enemigas en la medida en que formaban parte de la Triple Alianza, Texcoco y Tlatelolco. Incluso se eliden los elementos fabulosos, gloriosos o que connotan fuerza y poderío (el águila, la serpiente) presentes en varias de las tradiciones tlaxcaltecas o tenochcas. En cambio, se reiteran los sintagmas que denotan dureza, esterilidad, porfía: si Tenochtitlan es la tierra de las *tunas duras y empedernidas*, las versiones tlaxcaltecas eli-

gen focalizar estos elementos para caracterizar, en su correspondencia alegórica, a sus habitantes (los enemigos): los mexicas.

Tenochtitlan en la perspectiva texcocana

“... y a otro día por la mañana desde allí reconoció [Cortés] la laguna, en donde estaba fundada la ciudad de México y otros muchos y hermosos pueblos”.

Fernando de Alva Ixtlilxóchitl

En tanto, la perspectiva que propone la *Historia de la nación chichimeca* de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, si bien afín a las versiones tlaxcaltecas, resulta más compleja y sutil, en especial por su tramado de tradiciones occidentales y autóctonas. En principio, y en relación con la historia texcocana, Tenochtitlan resulta ser tanto aliada como antagonista, dependiendo del momento en la trama; no abiertamente enemiga y censurable como en la historia tlaxcalteca.

Si la ciudad de Texcoco forma parte de la *excan tlatoyan* o Triple Alianza regida por el *uey tlahtoani* mexica, la posición de este cronista es, a la fuerza, más comprometida y ambigua, puesto que debe censurar la inicial resistencia texcocana a los españoles y los castigos de Cortés, poniendo en escena el verdadero motivo de la alianza: las luchas de poder entre distintas facciones texcocanas y las disputas de familias con derecho al trono, así como la “parcialidad” de Motecuhzoma, que tercia en la disputa eligiendo un sucesor y, por tanto, desfavoreciendo al otro.

El partearguas de la construcción nosotros/ellos será entonces la aceptación *inmediata* de la palabra divina por parte del capitán Ixtlilxóchitl y, a partir de ella, su alianza con los españoles, al tiempo que la negativa de otros principales texcocanos permite agruparlos en torno del *ellos* enemigo, que conformarán con los mexicas – aunque de manera desplazada y ambigua. Así, Tenochtitlan funciona poniendo en escena los usos del pasado en la historia texcocana. La preparación del sitio y la guerra en la ciudad (la ciudad transformada por la guerra) no son aquí el eje del relato, sino escenarios privilegiados para la construcción del protagonismo de Ixtlilxóchitl junto a Cortés.

Ahora bien, en su organización diegética, la *Historia de la nación chichimeca* sigue el modelo de las crónicas de tradición occidental; en especial, es evidente el intertexto con la *Historia de la conquista de México* de Francisco López de Gómara, de la cual toma contenidos, organización de los capítulos, pautas de brevedad y concisión y algunas escenas puntuales. Así, la entrada a la ciudad de Tenochtitlan se narra en el capítulo LXXXV: “Que trata de la ida que hizo Cortés a la ciudad de México y lo que en ello le sucedió hasta prender a Motecuhzoma”. Se percibe aquí una primera diferencia con la *Historia verdadera de la conquista de México*, en la

medida en que el paratexto nos informa la variedad de acontecimientos que contará este capítulo, –distinto de lo que ocurre con la crónica de Bernal Díaz en la cual, el narrador destina varios capítulos a relatar sus impresiones de la ciudad, el mercado, el templo, las calles, los jardines, fiel al trabajo con el detalle y a la apelación al asombro y la maravilla, que caracterizan este texto.

En tanto, la síntesis en la historia texcocana puede obedecer tanto a una perspectiva de relato histórico (que ve en la brevedad y en la eliminación de detalles superfluos un valor) como a las peculiaridades del locus de enunciación y el objetivo de esta crónica.¹⁸ Recordemos que la llegada de los españoles ocupa los capítulos finales de la *Historia de la nación chichimeca*, lo que tiene que ver con la disputa en torno a la constitución de una memoria y un lugar social de cierto privilegio en la sociedad novohispana. Por eso se afirma que “luego que salió Cortés de la ciudad de Chololan fue a hacer noche en la parte que llaman Quauhtécatl, que es en la obra que está entre el volcán y la sierra nevada y a otro día por la mañana desde allí reconoció la laguna, en donde estaba fundada la ciudad de México y otros muchos y hermosos pueblos” (Alva Ixtlilxochitl, 1997: 289).

A diferencia de lo que ocurre en las crónicas de tradición occidental mencionadas al comienzo de este trabajo, no es posible caracterizar la mirada del cronista texcocano como asombrada ante la ciudad de México¹⁹, lo que importa aquí es la manera en que el narrador se acerca a ella: la enmarca en el entorno natural, señal topográfica que es presentada sin calificativos explícitos, y que tiene especial importancia dada la constitución lacustre de Tenochtitlan y su relación con las ciudades aledañas. Se percibe aquí la inscripción de un *locus amoenus*, tópico inscripto en la *descriptio civitatis*, caracterizada además por el uso de adjetivos y adverbios no inespecíficos, indeterminados.

Asimismo, el narrador relativiza la admiración de los cronistas españoles y ubica la ciudad en una dimensión social e histórica distinta: el contexto mesoamericano que se esfuerza por traer a la memoria. No estamos frente al inventario del conquistador como ocurre en las cartas de Cortés (en especial, en la entrada a la ciudad y en

¹⁸ Respecto del ideal de historia de la época, que López de Gómara inscribe con fuerte impronta respecto de la conquista de México, y que se inscribe en la línea de los postulados del humanismo y las teorías de Luis Vives, véase Kohut (2007) y, antes, Mignolo (1981).

¹⁹ Alva la nombra siempre de este modo, *México*, a diferencia de Bernal y Cortés, por ejemplo, y este dato es significativo puesto que este cronista pone especial cuidado en transcribir y recordar los nombres de cada uno de los principales de cada ciudad, y de todos los que acompañan a Cortés, ya que ese saber es el que lo diferencia de otros cronistas, además de permitirle constituir una identidad propia, la identidad de un nuevo sujeto individual y colectivo. Alva también habla de “reyes” para describir a Motecuhzoma y sus acompañantes, lo que sostiene la tesis de que el lenguaje que usa también está ligado al universo español, vinculado con un ideal de lengua que tiene que ver con el arte de la historia, tal como señala O’Gorman (1997).

la descripción del mercado), ni frente al mundo extraño y propio de las historias de Amadís que señala Bernal ("Y desque vimos tantas cibdades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblazones [...] nos quedamos admirados; y dezíamos que parecía a las cosas de encatamento que cuentan en el libro de Amadís" (Díaz del Castillo, 2005: LXXXCII–218/9; el subrayado es mío). En cambio, nos encontramos frente a un espacio cuya lógica y estructura resultan familiares para el narrador, en el que ingresan otros problemas (perceptibles a partir de los detalles que se eliden, de lo que se deja de lado o silencia, de lo que se elige focalizar) y donde tiene lugar la tensión entre distintos pueblos, los enfrentamientos constantes con los mexicas, las quejas y el descontento que se han venido desgranando desde los capítulos anteriores.

Luego de este primer acercamiento, se relata el "encuentro" entre Cortés y Motecuhzoma, a partir de un plano general que sólo se detiene en algunos detalles significativos, en un marco de contención y medida narrativa. No hay grandes diferencias con las crónicas de tradición occidental en cuanto al contenido de lo que se cuenta: tanto el narrador de la *Historia verdadera...* como el de la *Historia de la nación chichimeca* coinciden en que Cortés ingresa en la ciudad acompañado por sus capitanes y varios señores de pueblos vecinos; se encuentra luego con Motecuhzoma, quien sale a recibirlo acompañado por sus principales y en medio de un enorme despliegue de gestos rituales (lo llevan en andas, le colocan mantas en el suelo, evitan mirarlo a la cara); intercambian presentes de diversa naturaleza y Motecuhzoma hace ingresar a Cortés a la ciudad para instalarlo en el palacio de su padre y ofrecerle abundante comida.

No obstante, lo que singulariza la mirada del narrador de la historia texcocana es su capacidad para explicar e interpretar, en breves pinceladas, aquello que ve en el estamento indígena, la ductilidad para mostrar las diferencias, las disputas, los objetivos implícitos y las intenciones de los aliados de Cortés.

Y andando más adelante junto a un puente encontró a Motecuhzoma que venía a recibirle de pie y le traían de brazo su sobrino el rey Cacama y su hermano Cuiclahuatzin y traían los tres encima a manera de lío de pluma verde y de riquísimo oro y pedrería, que usaban los señores que eran los capitanes generales de los ejércitos de México y Tezcuco (Alva Ixtlilxóchitl, 1997: 248–9).

Si bien la nominación utilizada para definir a estos sujetos (habla de "capitanes generales" y de "reyes") está ligada a una lengua docta y a los modos occidentales de organización política, lo distintivo de este fragmento es la información funcional que aporta: los nombres propios, los parentescos, el simbolismo de la vestimenta (la pluma, el oro, las borlas más adelante) como emblema y marca de poder. El narrador percibe esta compleja sociedad mesoamericana *en funcionamiento*: ese dinamismo es lo que distingue su relato.

Otro dato importante ingresa aquí: la referencia a las ofrendas que intercambian Cortés y Motecuhzoma. Frente al "collar de cuentas de vidrio que parecían margaritas y diamantes" del primero, las "dos cadenas o collares de oro riquísimo y en él engastados unos camarones colorados de concha, que eran de mucha estima" que ofrece el *tlahtoani* mexica. En esta descripción despojada, el narrador desliza un juicio comparativo a través de la contigüidad y la confrontación de los presentes. Estamos, entonces, ante una escena de falsa reciprocidad, sinécdoque de la relación establecida por el indígena (mexica, texcocano, cholteca, tlaxcalteca), que entrega en demasía objetos de enorme valor a un español cegado por la codicia –tópico que se reitera en toda la obra de Alva Ixtlilxóchitl, con mayor o menor énfasis, desde la *Sumaria relación* hasta la historia que ahora nos ocupa.

Entonces, si en la *Historia verdadera* el narrador–soldado rememora desde el lugar de quien mira y es mirado, curioso y maravillado, en la *Historia de la nación chichimeca* el narrador–cronista relata desde la distancia necesaria en todo discurso histórico, pero atento a dejar en claro quiénes estaban allí, cómo se llamaban, cómo vestían, es decir, a brindar la información específica que los cronistas españoles reponen sólo parcialmente. Si bien este enunciador se erige como poseedor de un saber diferencial, producto de la conjunción de varios y disímiles relatos, narra desde la tensión de quien vive entre dos mundos, y de quien percibe este encuentro desde la pérdida y la subordinación. Lo que se perfila en su texto es la constitución de una nueva identidad para el sujeto colonial, afincada en la memoria gloriosa –y dolorosa– del pasado, pero con un proyecto prospectivo de reivindicación y reclamo.

Ahora bien, si en esta primera escena directa de la ciudad de Tenochtitlan en la crónica texcocana no hay asombro, ni maravilla, ni exotismo como en las crónicas de tradición occidental, eso no implica que ese tipo de perspectiva esté ausente en esta historia. Al atender a su trama vemos que México–Tenochtitlan funciona como imagen especular y algo degradada de la, por tanto, imponente ciudad de Texcoco. La mirada orientalista y exotista se entrecruza con la memoria autóctona para narrar los palacios y templos de Nezahualpilli y Nezahualcóyotl, el tezuctzinco, los jardines, la traza urbana: "Estos bosques y jardines estaban adornados de ricos alcázares suntuosamente labrados, con sus fuentes, atarjeas, acequias, tanques, baños y otros laberintos admirables, en los cuales tenía plantadas diversidad de árboles y flores de todas suertes, peregrinos y traídos de partes remotas" (Alva Ixtlilxóchitl, 1997: 114). La selección léxica (que incluye varios términos del español arábico) y la referencia a lo remoto construyen la perspectiva exótica; la adjetivación y la enumeración organizan el tópico de la abundancia; la construcción retórica alumbró un espacio asombroso, descollante en relación con las más contenidas descripciones de Tenochtitlan.

Esta mirada para describir los magníficos espacios del gobernante, junto con la *descriptio civitatis* que introduce la ciudad de Texcoco en su marco natural, y al mismo tiempo el uso de las memorias y documentos locales (el cronista hace referencia al mapa de Quinatzin y a las "pinturas, historias y cantos" en el capítulo

XXXVI), que inscriben el entorno territorial y político sus comarcas tributarias (cfr. capítulo XXXVI) son utilizadas, en este contexto y en relación con la ciudad de México para connotar asombro y civilización respecto del espacio texcocano, en consonancia con las múltiples virtudes de sus gobernantes, Nezahualpilli y Nezahualcóyotl. En este sentido también es que México y su *uey tlahtoani* pierden brillo: en la *Historia de la nación chichimeca*, su descripción atemperada muestra la delicada negociación entre los modelos occidentales, las crónicas de tradición occidental y las memorias autóctonas en la representación del espacio mexicano.

BIBLIOGRAFÍA

ACUÑA, René.

- 1981 "Estudio preliminar" a la edición facsímil del Manuscrito de Glasgow de la *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de las Indias y del Mar Océano para Buen Gobierno y ennoblecimiento dellas* de Diego Muñoz Camargo. México: UNAM.

ALTUNA, Elena.

- 2009 *Retórica del desagravio. Estudios de cultura colonial peruana*. Salta: CEPIHA.

ALVA IXTLILXÓCHITL, Fernando de.

- 1997 *Obras históricas*. Ed. facsimilar; ed., estudio introductorio y apéndice documental de Edmundo O' Gorman; pról. a la edición facsimilar Miguel León Portilla, Instituto Mexiquense de Cultura. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas.

AÑÓN, Valeria.

- 2008 *Identidad, espacio y memoria en crónicas de la conquista de México. El caso de Bernal Díaz del Castillo*. Tesis de Maestría. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- 2012 *La palabra despierta. Tramas de la identidad y usos del pasado en crónicas de la conquista de México*. Buenos Aires: Corregidor.

CARRERA STAMPA, Manuel.

- 1968 "Relaciones geográficas de la Nueva España, siglos XVI y XVIII", *Estudios de Historia Novohispana*, n° 11, pp. 233-261.

CERTAUI, Michel de.

- 2000 *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*. Versión corregido y aumentada de Luce Giard, trad. de Alejandro Pescador. México: Universidad Iberoamericana.

CLENDINNEN, Inga.

- 2000 *Aztecs: An interpretation*. Cambridge: Cambridge University Press.

COLÓN, Cristóbal.

2012 *Diarios, cartas y relaciones. Antología esencial*. Ed., pról. y notas de Valeria Añón y Vanina M^a. Teglia. Buenos Aires: Corregidor.

CORTÉS, Hernán.

1993 *Cartas de relación*. Ed. de Ángel Delgado Gómez. Madrid: Castalia.

DELGADO GÓMEZ, Ángel.

1993 "Estudio introductorio" a *Hernán Cortés. Cartas de relación*. Madrid: Castalia.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal.

2005 *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* (Manuscrito Guatemala). Ed. crítica de José Antonio Barbón Rodríguez. México: El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México-Servicio Alemán de Intercambio Académico-Agencia Española de Cooperación Internacional.

FRANKL, Víctor.

1962 "Hernán Cortés y la tradición de las Siete Partidas", *Revista de Historia de América*, n° 53-54, pp. 9-74.

GRUZINSKI, Serge.

1995 *La colonización de lo imaginario*. Trad. de Jorge Ferreiro. México: FCE.

KABATEK, Johannes (ed.).

2002 *Lengua medieval y tradiciones discursivas en la Península Ibérica: descripción gramática, pragmática histórica, metodología*. Frankfurt-Madrid: Vervuert-Iberoamericana.

KOHUT, Karl (ed.).

2007 *Narración y reflexión. Las crónicas de Indias y la teoría historiográfica*. México: El Colegio de México

LIENHARD, Martin.

1982 "La crónica mestiza en México y el Perú hasta 1620: apuntes para su estudio histórico-literario", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. IX, n° 17, Lima 1er. semestre, pp. 105-115.

LÓPEZ AUSTIN, Alfredo y Leonardo LÓPEZ LUJÁN.

1996 *El pasado indígena*. México: FCE-El Colegio de México.

MIGNOLO, Walter D.

1981 "El metatexto historiográfico y la historiografía indiana", *Modern Language Notes*, n° 96, pp. 358-402.

1987 "El mandato y la ofrenda. La Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de Diego Muñoz Camargo y las relaciones de Indias", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, n° 35, vol. 2, pp. 451-484.

MORSE, Richard.

1976 *Las ciudades latinoamericanas*. México: Sep-setentas.

MUNDY, Barbara.

- 1998 "Mapping the Aztec Capital: The 1524 Nuremberg Map of Tenochtitlán. Its Source and Meanings", *Imago Mundi*, n° 50, pp. 11-33.

MUÑOZ CAMARGO, Diego.

- 1982 *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de las Indias y del Mar Océano para Buen Gobierno y ennoblecimiento dellas*. Ed. de René Acuña. México: UNAM-IIIH.

- 1998 *Historia de Tlaxcala*. Paleografía, intr., notas, apéndices e índices analíticos de Luis Reyes García y Javier Lira Toledo. Tlaxcala: Gobierno del Estado de Tlaxcala.

PASTOR, Beatriz.

- 1999 *El jardín y peregrino. El pensamiento utópico en América Latina (1492-1695)*. México: UNAM.

POUPENY-HART, Catherine.

- 1995 "Algunos apuntes en torno a la crónica mestiza (México-Perú)", en Jorge Chávez Chávez (ed.), *Actas del IV Congreso Internaciones de Historia Regional Comparada 1993*. Ciudad Juárez: Universidad Nacional Autónoma de Juárez, vol. 1, pp. 279-288.

RABASA, José.

- 1993 *Inventing America*. Norman: Oklahoma University Press.

ROA-DE-LA-CARRERA, Cristián.

- 2001 "La historia de las Indias y los límites del consenso: Gómara en la cultura del imperio", *Colonial Latin American Review*, n° 10, vol. 1, pp. 69-86.

RODRÍGUEZ, Jimena.

- 2010 *Conexiones transatlánticas*. México: El Colegio de México.

ROMERO, José Luis.

- 2001 *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

- 2009 *Las ciudades latinoamericanas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

SOJA, Edward.

- 1989 *Postmodern Geographies*. Londres: Verso.

ZUMTHOR, Paul.

- 1994 *La medida del mundo. La representación del espacio en la Edad Media*. Trad. Alicia Martorell. Madrid: Cátedra.